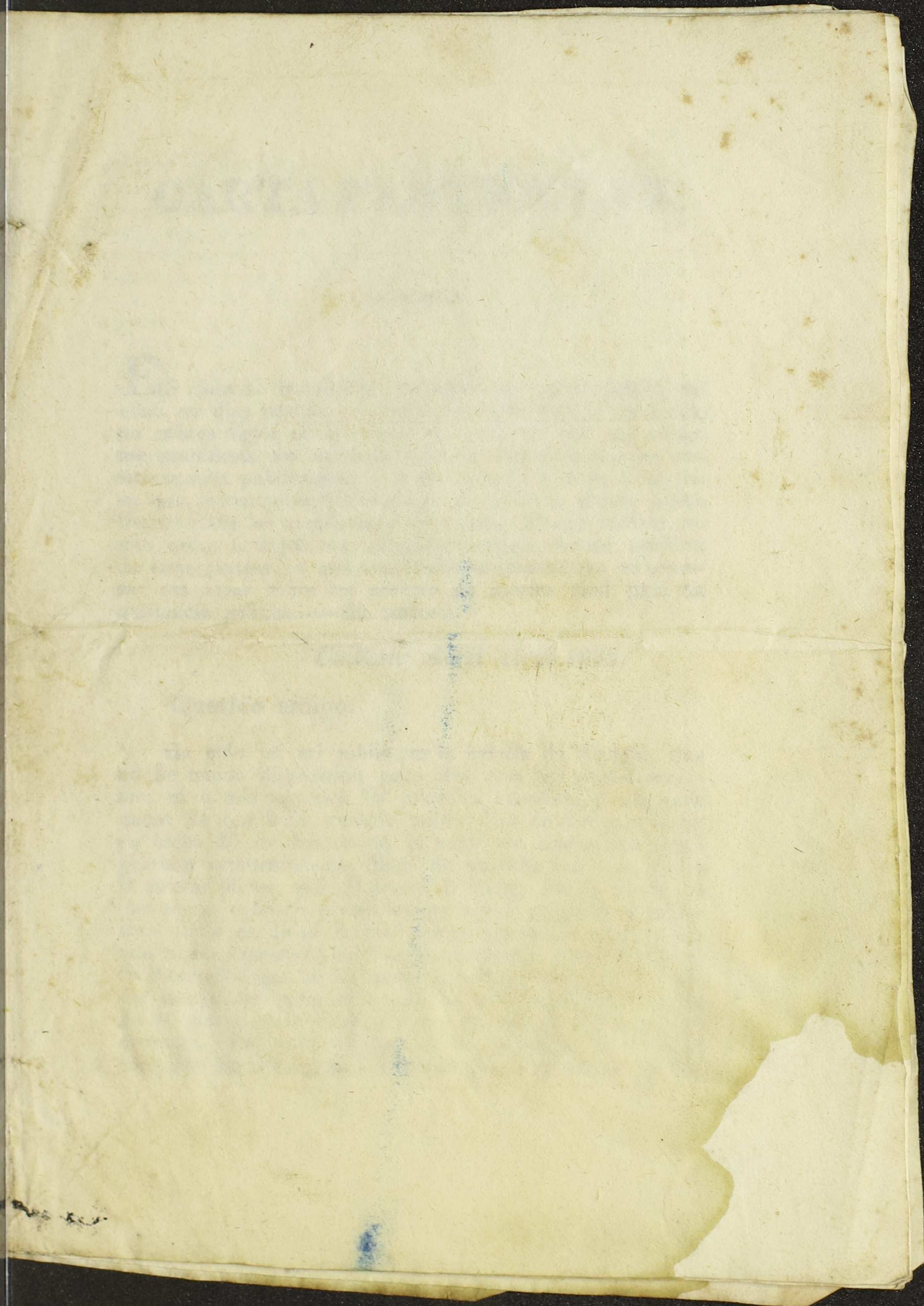
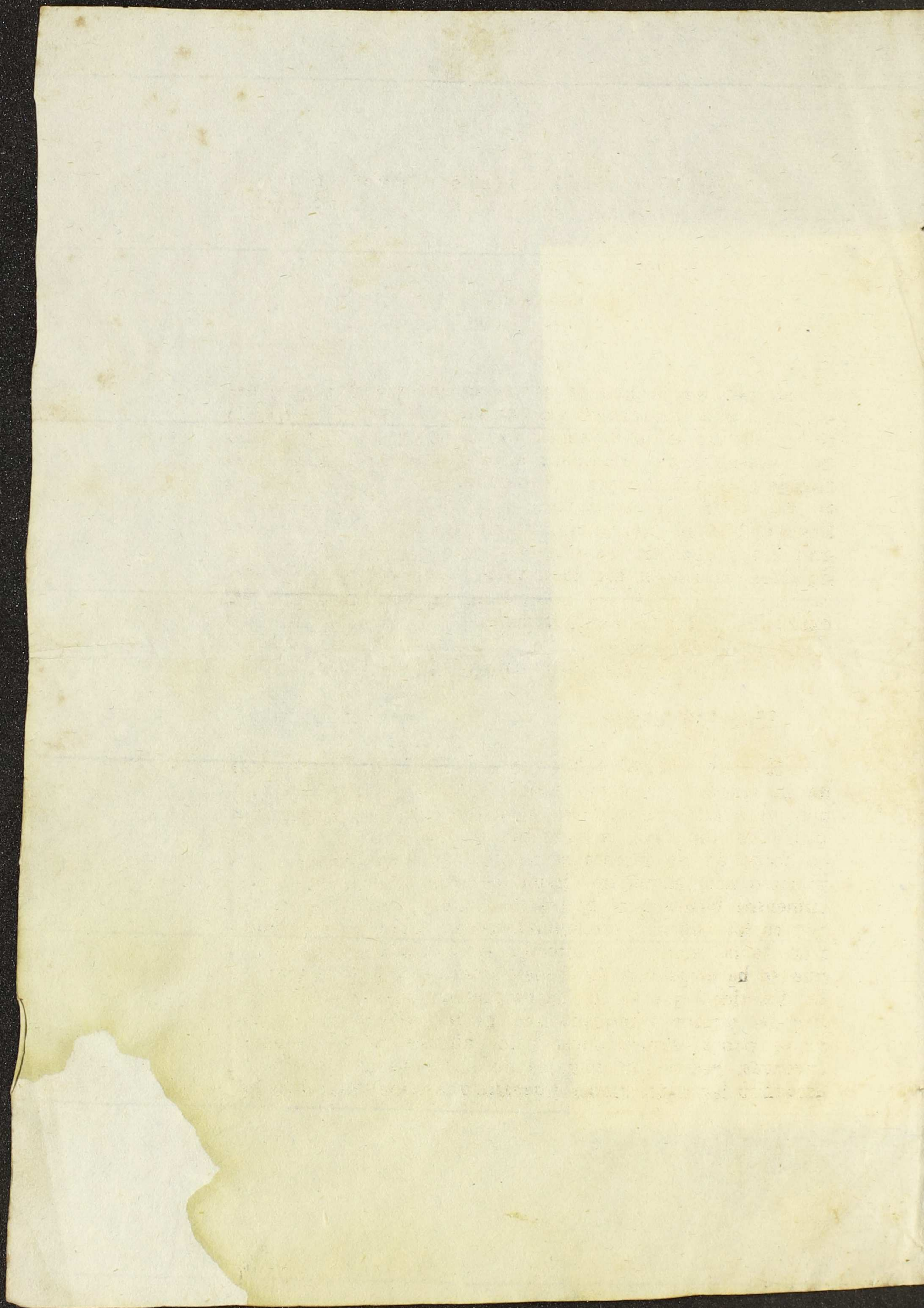






CARTA PARTICULAR.

EN vista de la acogida favorable con que el público recibió en dias pasados el *nuevo derecho de jentes*, he creido no ménos digna de la prensa la carta en que un amigo me manifiesta sus opiniones sobre el mismo asunto que motivó aquella publicacion; y me he resuelto á darla á luz, para que se vea (principalmente á la distancia donde puede llegar) cómo los americanos, que *visten plumas* todavía, segun creen ó finjen creer algunos europeos, hacen tambien de estas plumas un uso mas noble empleándolas en expresar sus ideas sobre los asuntos de interes vital para su existencia política.—EL EDITOR.

Chillan, Abril 15 de 1839.

Querido amigo.

Ha sido tal mi júbilo por la batalla de Yungai, que no he tenido disposicion para otra cosa que para divertirme: ni á mis negocios he prestado atencion; y esta es la causa de que haya tardado tantos dias en contestar la tuya fecha 25 de febrero en la cual me comunicas aquel glorioso acontecimiento. Estoi de acuerdo con tigo en los inmensos bienes que él traerá á Chile; en la gloria de que se ha cubierto presentándose solo á combatir al monstruo de la conquista é intervencion armada la primera vez que se ha presentado en el suelo americano; y en la gratitud de América á que se ha hecho acreedor, destruyendo el poder del primer americano que ha traicionado los intereses de su patria, sometién dose á los agentes de las potencias europeas, recibiendo colgajos de un monarca de ellas, y atacando las instituciones liberales que tanta sangre nos han

costado. Pero siento no poder estar igualmente de acuerdo cuando crees que la caída de Santa Cruz hará cesar las pretensiones de las potencias marítimas de Europa en esta parte de América. Las razones que tengo para juzgar de otro modo, y para que disten tanto mis esperanzas de las que te animan de ver á la América libre de las asechanzas de Europa, serán el objeto de esta carta.

Es cierto que les ha faltado un grande apoyo con la destrucción del poder de ese infame americano que tan vilmente estaba vendido á la política europea; pero esto no hará mas que paralizar por poco tiempo la acción de esas potencias; su astucia les proporcionará otros apoyos mientras conserven el deseo de humillar á los nuevos estados americanos, el cual está de manifiesto por actos tan repetidos, que solo la falta de espíritu público que la guerra civil ha producido, podría haber hecho que hayamos estado tanto tiempo sin un rompimiento, que cada dia va siendo mas necesario, porque sus pretensiones y el desprecio con que nos tratan crecen en razon directa de nuestro sufrimiento.

Falta de espíritu público te he dicho; te añadiré falta de americanismo; y he aquí en compendio el poderoso auxiliar que la Europa tiene entre nosotros mismos para ultrajar nuestra independencia: diré mas; la causa que ha producido sus pretensiones. Tú supones que es nuestra debilidad, pero te engañas. No has metido en cuenta nuestra gran distancia de Europa; lo poquísimo ó nada que perderíamos con la suspension, por poco ó mucho tiempo, del comercio con aquella parte del mundo (aun me atrevo á decir que nos seria conveniente para que nuestros pueblos se convenciesen prácticamente de que su suelo posee todos los elementos de que una sociedad necesita para subsistir y prosperar); los pocos recursos que estos paises, por su despoblacion, presentan á un invasor, suponiendo el caso de una guerra; y tantas otras cosas que omito. Con espíritu público, y con la union que él produce, la Europa no podría olvidar, porque el ejemplo es mui reciente, que unos pueblos que lograron en 16 años de lucha arrojar de su suelo á los dominadores de tres siglos, con los cuales estaban unidos por tantos lazos, no necesitarían sino un pequeño esfuerzo para repeler la agre-

sion de cualquiera otra nacion, por fuerte que fuese. Si fueron vencidos los españoles, apoderados no solo de nuestro territorio, sino hasta del afecto de nuestras familias como padres, y padres amantes y virtuosos; respetados por la larga costumbre de obedecerles, y como los hombres que nos habian traído la verdadera creencia, y con ella la civilizacion y todos los goces sociales consiguientes; que hablaban nuestro idioma y tenian nuestras mismas ideas y costumbres; ¿quien, dime, sin estas ventajas podria resistir el poder de la opinion americana pronunciada por su independendencia? Y advierte que cualquiera con quien tuviéramos que medirnos, no solamente no tendria estas ventajas, sino mui al contrario, las desventajas que trae todo lo diametralmente opuesto á la posicion de los españoles que te he delineado. Todo esto es tan obvio que no se necesita mas que fijarse un momento para conocerlo. Luego ¿cual es la causa del temor de los gobiernos americanos para no obrar con enerjía? ¿Cuál la de que se sufran con degradante resignacion tantos y tan repetidos insultos á nuestra soberanía? ¿Cual la del error de que se tomen por términos de comparacion entre el poder de las potencias marítimas y el nuestro, sus numerosas escuadras, poblacion y riquezas, y nuestra deficiencia de estos elementos? La falta de espíritu público, de americanismo, que no vé sino los elementos materiales. Este es el que hace que un pueblo injusta é insolentemente ultrajando no grite á la vez: "perezamos todos ántes que ser la burla de hombres que así pagan nuestra hospitalidad." Este grito nos haria invencibles.

No faltan hombres que creen, y no es Chile donde ménos abundan, que la liberalidad de nuestras instituciones relativas á los bienes y personas de los extranjeros templará las pretensiones de sus gobiernos, y nos ganarán su sincera amistad. Pero la contienda con Santa-Cruz me parece que habrá dicipado su error. ¿Qué pueblo del mundo tiene reglamentos de comercio mas liberales que Chile? ¿Dónde gozan los extranjeros de mas consideraciones sociales? ¿Dónde de mas seguridad en sus personas y propiedades? ¿Dónde de mas franqueza para adquirir estas propiedades de cualquiera especie que sean, y dirigir personalmente sus especulaciones? En ninguna parte. Pregun-

4
taré mas, cierto de que se me conteste por la afirmativa. ¿No son los extranjeros en Chile de mejor condicion que los naturales, puesto que tienen sus mismos derechos, ménos los que solo acarrear molestias y compromisos; é infinitamente ménos deberes, eximiéndose de ellos con la friolera de unos pocos pesos mas de patente? ¿Y cual ha sido la conducta de la mayor parte de ellos desde que Santa Cruz invadió alevosamente el territorio chileno, hostilizó su comercio é industria, atropelló á su representante, y en fin se declaró su acérrimo enemigo? Que respondan la bolsa de Valparaiso, los cafes, calles y plazas de aquel puerto y de la capital, donde se ha puesto á prueba la moderacion del gobierno de Chile y el carácter pacífico de sus habitantes, ya haciendo el panejirico del hombre inmoral que escandalizaba á la América con sus asesinatos y perfidias, y á quien los representantes de la nacion habian declarado la guerra; ya tachando á ésta de injusta y perniciosa; ya denigrando el mérito de sus jenerales; ya en fin presentando al gobierno como el instrumento de una faccion, á pesar de que veian declarada la guerra al mismo hombre por la República Arjentina, y que los periódicos de otras secciones de América manifestaban que era unánime el sentimiento de reprobacion de la conducta de aquel conquistador sanguinario. He aquí la recompensa de la liberalidad chilena. Y nadie espere que produzca otra, aunque esta liberalidad se llevara hasta el grado de mirar á cada hombre del viejo mundo como á una niña bonita, porque todos están en la creencia de que mirándolos como á seres privilegiados no hacemos gracia sino que cumplimos con un deber, pues suponen que no hai adelanto posible entre nosotros, si no son ellos los directores de nuestras política, de nuestro comercio é industria. Tal es la superioridad en que se reputan respecto á nosotros, y ademas miran las consideraciones que les guardamos, no como efecto de nuestro carácter benévolo, sino del miedo á las potencias de que son súbditos.

Dime, ¿si así que los extranjeros residentes en Chile rompieron tan descaradamente las barreras de la neutralidad, declarándose partidarios de Santa-Cruz, se hubiera desatado contra ellos la prensa, y primero con razones, y si éstas no producian efecto con amenazas, se les hubie-

8
ra llamado al orden; habría llegado su audacia al grado á que llegó? ¿Dudas que este pronunciamiento de la opinion contra una conducta tan irregular, con el cual se hubiera hecho notorio que el pueblo conocia que se le agraviaba, habria impedido el escándalo de ver á los buques ingleses y franceses convertidos en paquetes del Protector y de su estado mayor? ¿Y por qué no sucedió? ¿Por la falta de espíritu público.

Hai otros que juzgan conveniente que nuestros gobiernos en obsequio de la buena harmonía con las potencias marítimas se desentiendan de pequeños ultrajes, esperando que estos cesarán cuando el tiempo nos haga mas respetables consolidando nuestro orden social. ¡Error craso, y vil modo de pensar, hijos de la falta de espíritu público! Esto es lo mismo que suponer que será respetado entre los hombres á los veinte años de edad, el que hasta los quince haya permitido que no se le dé el lugar que merece en la sociedad y que se le haya mirado como inferior por sus iguales. Esto es, en una palabra, suponer que la degradacion pueda conducir á la dignidad. Ahora, y solo ahora es cuando podemos poner las bases de nuestra respetabilidad, no sufriendo que se nos aje en lo mas leve; porque lo que hoy sea una condescendencia se alegará mañana como un derecho, y volveremos á encontrarnos colonos cuando ménos lo pensemos ¡Sucia conquista, por cierto, la que se hiciese de nosotros sin mas arma que la de nuestra pusilánime condescendencia! La costumbre es la mas fuerte de las leyes que rijen las sociedades; y es indudable que si nuestros pueblos se acostumbran á ver practicados tales y cuales actos por los Cónsules ó Comandantes de estaciones, no habrá medio despues de algun tiempo para hacerles conocer que son un abuso. Mi opinion y la de todos los que se sienten latir el corazon á la voz de Patria, es que resolvamos cuanto ántes el problema de nuestra independencia, al que la altanería europea va añadiendo cada dia nuevas incógnitas. No vacilo un instante en la eleccion entre la guerra y la paz, pues veo en la primera nuestro honor y dignidad, y en la segunda papel pintado y perfumeria de los franceses, y jéneros de algodón de los ingleses. ¿Pudo existir la América sin la Europa desde la creacion del mundo hasta fines del siglo 15.º

y no solo existir sino formar imperios como los de Méjico y el Perú, y no podremos existir nosotros dos ó tres años, que seria lo mas que tardaria la Europa en convencerse de que estábamos decididos á sostener nuestros derechos? Triste pensar por cierto. Alegarán algunos que sufriremos, que nos empobreceremos mas con esa lucha, y yo les contestaré--Miserables! ¿Y qué importa eso y aun mucho mas comparado con la ventaja de presentarnos al mundo como dignos de ser independientes? ¿Con la de no ser el escarnio de unos cuantos mercaderes apoyados en sus estaciones navales? ¿Con la de que no se nos volviesen á dirijir notas semejantes á la del Comandante Du Goudrais al Gobernador de Cartajena, ó al ultimatum del Baron Deffaudis al Gobierno de Méjico concebidas en el insolente lenguaje de un señor á sus esclavos? Pero, amigo; todo esto es predicar en desierto: la jeneracion que hizo todos los sacrificios que hemos visto por la independencia, y que habria hecho mas si hubieran sido necesarios, porque la animaba el fuego del entusiasmo, no existe ya sino representada por unos cuantos viejos, y ha sido reemplazada por otra que no siente del mismo modo: aquella era guerrera, esta quiere ser diplomática: aquella desprendida hasta sacrificarlo todo por la Patria, esta ansiosa de riquezas hasta sacrificarlo todo á los cálculos mercantiles: aquella, en fin, llena de espíritu público, y esta sin ninguno. Ella, pues se encontrará sojuzgada por los astutos europeos, cuando el emanciparse tendrá que costarle décuplos esfuerzos de lo que necesitaria ahora si se decidiese á hacerlos. Llorará sus errores cuando sienta sus efectos en el completo vasallaje; pero yo que para entónces no sentiré, porque los años ó la muerte me habrán hecho insensible, lloro desde ahora que lo preveo, y sufro doblemente, porque tengo hijos á quienes no espero dejar sino una patria humillada, á la vez que no les dejo fortuna, porque el tiempo que pude emplear en adquirirla lo gasté en combatir por la Independencia. ¡Horrible chasco, emanciparnos de nuestros padres, y caer bajo la tutela de los que son peores que padratros!

Nuestros pueblos me parecen como embrujados ó prestijados por los extranjeros, cuando comparo el entusiasmo, poco ó mucho, que ha habido en la guerra con Santa Cruz, y la frialdad con que se contemplan las cosas relativas á

ellos. Santa-Cruz mas tarde ó mas temprano habría caído porque el sistema de su confederacion era una planta tan exótica en América, que no hai quien pueda aclimatarla, y él y cuanto le rodeaba tan ridiculo, que no podia subsistir. Pero la marcha de los gobiernos extranjeros, respecto á nosotros, está calculada para que haga progresos lentos, pero sólidos: ellos no hacen ni dicen cosa insignificante; todo tiene objeto. Para perder el terreno que se les deja ganar en un dia necesitan un año. La primera vez que un Cónsul puso la bandera de su nacion en la ventana ó balcon de su casa, tal vez con motivo de algun regocijo público ó procesion, pareceria una grandísima friolera, y como tal ni se hizo alto en ella. Pues esta friolera, que ya se mira como un derecho, ha traído por consecuencia que algunos Cónsules, ignorantes de los primeros rudimentos del derecho de jentes, hayan reputado su casa como el territorio de la nacion cuyo pabellon tremolaba en ella; y por consiguiente como un asilo inviolable en todo caso á las autoridades del pais; naciendo de este error disputas de un carácter tan serio como la del Cónsul Barrot en Cartajena de Colombia y algunos otros; que los paisanos de estos Cónsules hayan creído que tenían en nuestro territorio un pedazo del suyo, á cuyo abrigo podian hacer cuanto se les antojase sin sujecion á nuestras autoridades y hablar de éstas como lo harian en las plazas de su tierra; que estos Cónsules se hayan creído con las mismas inmunidades de un Embajador ó Ministro de primera clase, hayan querido entrar como tales en discusiones del mas alto interes político, y reputado como una ofensa á su nacion el que no se haya querido entrar en tales discusiones con ellos. Mira las consecuencias de un pedacito de trapo indebidamente enarbolado.

Aun me quedan por manifestarte otros efectos, aun mas funestos todavia de la falta de espíritu publico, de americanismo; Recuerdas el artículo del *Journal des Débats* que insertó el Mercurio del 4 de Enero último, en el cual se presenta á las Repúblicas Americanas como á unas hordas de bárbaros, y cuyo autor sienta el principio de que no solamente es lícito sino laudable que se les civilice á cañonazos como á Arjel? Pues bien: ni ha llegado á mis manos, ni tengo noticias de otra contestacion á ese insultante artículo que la dada por el *Cosmopolita* (periódico de

Méjico) que el mismo Mercurio copió poco despues. ¡Y se querrá que no se nos mire con desprecio cuando sufrimos groseros insultos tan á sangre fria, que los copian nuestros diarios sin ponerles una nota siquiera, y que ni un papel suelto aparece contestándolos? (*)

Aparecen proclamas como la del Almirante Le-Blanc en Buenos Aires; despues un *ultimatum* como el de Deffaudis en Méjico y las consecuencias de esos actos; y los gobiernos de las otras Repúblicas, sus periódicos y sus particulares guardan un silencio tan profundo, como si tales sucesos no tuviesen la menor relacion con ellas. ¡Como se reirán los europeos al oír la vocinglería de nuestros periódicos, y aun de nuestros documentos oficiales con aquello de *Repúblicas hermanas*, viendo á la vez que miéntras ellos están desollando vivas á unas, las demas hermanas se hallan tranquilas y silenciosas!!

La guarnicion y algunos vecinos de Tampico hacen un pronunciamiento en favor de la constitucion federal; es decir, derribando por sus bases el sistema político de la República cuando tienen á la vista la escuadra francesa que bloquea sus puertos; ¿Qué mayor estímulo quieres para que los franceses insistan en sus pretensiones absurdas, que el verse apoyados de un modo indirecto, pero tan positivo por los mismos Mejicanos, que en lugar de ayudar á su gobierno para que repela la injusta agresion, le aumentan las dificultades y distraen su atencion con la amenaza de un trastorno en la lei fundamental de la nacion?

Por último ejemplo te citaré el mas reciente, y tambien el mas escandaloso. Ya adivinarás que hablo de la union del nuevo gobierno de Uruguai y de los emigrados arjentinos con los franceses para derrocar al gobierno de Buenos Aires. Hago al Presidente Rivera, al Jeneral Lavalle y á todos los hombres distinguidos que se han embarcado en tal empresa la justicia de creerlos animados de las mas sanas y patrióticas intenciones, porque no tengo motivo para pensar de otro modo; pero ¿es posible que el espíritu de partido haya cegado á esos hombres hasta el grado de creer que los franceses los ayudan con otro interes que el de asegurar el éxito de sus actuales pretensiones? ¿Que su concurrencia como hombres distinguidos del pais á la destruccion de Ro-

(*) A la fecha de esta carta no habia recibido el autor el tratado del nuevo derecho de jentes.

sas no justifica la conducta de los franceses? ¿Que si éstos los apoyan hoy contra Rosas, mañana no apoyarán á otros contra ellos mismos para exigir mas de lo que ahora pretenden, que es ya demasiado? ¿Que habiéndoles mostrado este camino, y con tantos recursos como poseen las naciones europeas, no fomentarán una insurreccion cada vez que se les antoje obtener nuevos privilegios en la República? ¿Que con este paso, en fin, no se ponen bajo la dependencia de uno de los mas fuertes gobiernos de Europa, y que les será fácil *independizarse*? Me horrorizo al ver que americanos que ocupan un lugar honroso en las páginas de la historia de nuestra emancipacion sirven de instrumento á las pretensiones europeas; y esto me priva del último rayo de esperanza de que nos libertemos de ese azote. Esto es ya el complemento de la falta de americanismo y te aseguro que, aunque muy desconfiado hace tiempo de un porvenir mas honroso á nuestra dignidad como naciones independientes, nunca esperé una cosa tan desconsoladora. Aun doi cuarentena á esta noticia, porque me asiste no sé que presentimiento de que sea falsa.

Si yo considerara la conducta jeneral de América respecto á las potencias europeas como efecto de su noviciado en la carrera de la independencia, ó de ignorancia de sus intereses tan distintos de los de aquellas, ó de falta de conocimiento del carácter y política europeos por el poco contacto que durante el coloniaje habíamos tenido con aquellos pueblos, podria esperar que con mas experiencia y saber adoptaria otro sistema que la pusiese á cubierto de asechanzas; pero no veo la cosa de este modo. Considero que al emanciparnos tomamos por modelo para nuestras instituciones las de nuestros vecinos los republicanos del Norte; que los escritos publicados durante nuestra lucha con España manifiestan que los hombres que dirijian la revolucion estaban dotados de saber, y habian consultado las obras de los estadistas modernos; y no puedo suponer que no llegase á sus manos la correspondencia de Tomas Jefferson, obra célebre que presenta tan sabios consejos sobre la política que la América debe observar en sus relaciones con Europa, y que hace conocer el carácter de ésta. Te traduciré algunos trozos de las cartas de este sabio y patriota americano para evitarte el trabajo de buscarlas y que te las traduzcan. Desgraciadamente la edicion que poseo no tie-

ne índice; y siendo la obra voluminosa, se me escapará una gran parte de lo relativo á mi asunto.

Carta á James Madison fecha 15 de Agosto de 1804.

„ Nosotros no podemos ser respetados por el mundo, ni
„ por nosotros mismos como nacion independiente, sino adop-
„ tamos las medidas mas eficaces para sostener á todo ries-
„ go nuestra autoridad en nuestros puertos.,,

A John Adams—Enero 21 de 1812.

„ En cuanto á Francia é Inglaterra con toda su pree-
„ minencia en las ciencias, la una es una cueva de sal-
„ teadores y la otra de piratas. Y si las ciencias no pro-
„ ducen mejores efectos que la tirania, el asesinato, la ra-
„ piña y la destitucion de moralidad nacional, deseo mas
„ bien que nuestro pais sea ignorante, honrado y estima-
„ ble como nuestros vecinos los salvajes.”

A Willian Short—Agosto 4 de 1820.

„ Por mis muchas conversaciones con él (el señor Correa)
„ veo que conoce, y espero que promoverá en su nuevo
„ estado, las ventajas de una cordial fraternidad entre to-
„ das las naciones americanas, y la importancia de que se
„ unan por un sistema de política americano totalmente in-
„ dependiente y sin relacion con el de Europa. No está
„ distante el dia en que podamos requerir formalmente que
„ se señale un meridiano de division en el océano que se-
„ para los dos hemisferios, mas acá del cual no se oiga un
„ cañon europeo, ni uno americano mas allá; y el dia en
„ que durante la furia de las eternas guerras de Europa se
„ vea en nuestra rejion el lobo y el cordero echados juntos
„ y en paz.”

.....
.....
„ Los principios, pues, de la sociedad aquí y allí son ra-
„ dicalmente diferentes; y espero que ningun patriota ame-
„ ricano perderá de vista la política esencial de impedir
„ en los mares y territorios de ámbas Américas las fero-
„ ces y sangrientas guerras de Europa. Deseo que princi-
„ pie esta coalicion. Ansio por un arreglo con las poten-
„ cias marítimas de Europa, por el cual toque á ellas con-

„ tener la piratería en sus mares y el canibalismo de las
 „ costas africanas, y á nosotros la supresion de los mis-
 „ mos excesos en las nuestras. Me regocijaria de ver na-
 „ vegar juntas y como hermanas de la misma familia las
 „ escuadras del Brasil y Estados Unidos llenando este ob-
 „ jeto; y en verdad que sería de feliz agüero empezar á
 „ la vez este concierto de accion aquí á invitacion de cual-
 „ quiera de los dos gobiernos, miéntras nos preparábamos
 „ para retirar nuestros cruceros de Europa, y evitar allí
 „ choques navales que diariamente comprometen nuestra
 „ paz.”

Al Presidente, Octubre 24 de 1823.

„ Nuestra máxima primera y fundamental debe ser no
 „ mezclarnos nunca en las disensiones de Europa: la se-
 „ gunda no sufrir jamas que la Europa se mezcle en ne-
 „ gocios cis-atlánticos. Tanto la América del Norte como
 „ la del Sur tienen un conjunto de intereses distintos de
 „ los de Europa, y peculiarmente suyos; y por tanto de-
 „ ben tener un sistema propio y aparte del de aquella.
 „ Miéntras ella trabaja por hacerse la mansion del despo-
 „ tismo, nuestros esfuerzos deben dirigirse á que este he-
 „ misferio sea el asilo de la libertad. Una nacion mas
 „ que todas puede impedirnos la prosecucion de este ob-
 „ jeto, y la que mayores males puede causarnos: esta na-
 „ cion es la Gran Bretaña.”

Este era el lugar de hacerte la comparacion entre las saludables máximas que contiene lo que acabo de copiar-te, y lo que han hecho y estan haciendo las Repúblicas Americanas, para manifestarte que no parece sino que se han propuesto todo lo que es diametralmente contrario, y por consiguiente lo que mas puede comprometer sus instituciones y su reposo. Pero no quiero entrar en un exámen tan ingrato cuando tu puedes hacerlo recorriendo la historia de nuestras relaciones con Europa y lo que pasó respecto al Congreso de Panamá, ni es cosa de que esta carta, en que llevo empleados ya los ratos desocupados de cinco dias, sea inacabable: quiero, pues, concluirla dándote el parecer que me pides sobre lo que mas conviene para libertarnos de la petulancia é injusticia europeas.

Un pacto de alianza entre las Repúblicas Americanas que haga que la ofensa inferida á una por cualquiera po-

tencia extranjera se repunte como hecha á todas y que en todas produzca efectos contra el ofensor.

No permitir estaciones en nuestros puertos.

No mandar jamas ni un Ministro ni un Cónsul á Europa.

Limitar la autoridad de los Cónsules en nuestros puertos para que no sean sino lo que estrictamente deben ser; y no tolerar que salgan ni una línea del círculo de sus atribuciones.

No permitir que un solo extranjero se domicilie entre nosotros sin previo juramento de renunciar el fuero y privilegios de tal, y de someterse en todo y por todo á nuestras leyes mientras permanezca entre nosotros; y que estas leyes sean tan liberales respecto á ellos, y cumplidas con tal rigor, que al pisar nuestras playas sean convencidos de que cambian el título de súbdito de tal ó cual nacion por toda especie de seguridad en sus personas y propiedades en pueblos que presentan al hombre laborioso un campo vastísimo para enriquecerse, y cuyo carácter benévolo con los extranjeros está comprobado ya por la experiencia de los muchos años que hace les abrieron sus puertos con motivo de la independencia.

Ultimamente: si á pesar de todas estas precauciones para evitar choques, alguna potencia se empeña en ultrajarnos con injusticia, no permitirlos, y preferir una segunda guerra de independencia al menor insulto de nuestra dignidad, porque dado el caso remoto de que fuésemos vencidos, esto sería ménos deshonoroso que sufrir ofensas con la resignacion de esclavos.

Si no se adoptan medidas como éstas, no hai que esperar otra cosa que volver á ser colonos de los europeos por otro estilo que lo fuimos de los Españoles.

No creo que ésta vez acuses de perezoso á tu fiel amigo.

C. F. y A.



